

*Está en Juego Nuestra Forma de Vida*

## **Integración Económica**

- ★ Es un Asunto Vital Para Todos los Mexicanos
- ★ Decidamos Sabiendo lo que Perdemos o Ganamos
- ★ Mejor Nivel de Vida Sólo Para Algunos Grupos

LORENZO MEYER

Hoy la economía de México está más integrada que nunca a la de Estados Unidos, y todo indica que esa integración se va a acentuar en el futuro. Sin embargo, y pese a la importancia del hecho, la naturaleza y sentido profundo de las nuevas relaciones México-Estados Unidos no han recibido en el debate nacional la atención que debieran.

Vivimos los momentos culminantes de una verdadera revolución en el sistema político y económico internacional. Se trata, afortunadamente, de una revolución donde la violencia ha desempeñado un papel secundario. El origen y sentido del cambio global es múltiple. Por un lado están la serie de transformaciones

desatadas por la decisión de la Unión Soviética de concluir su guerra fría con Estados Unidos. Uno de los resultados de esta decisión es que la bipolaridad (tensa o laxa) que caracterizó a las relaciones internacionales por cuarenta años, está dejando paso a un sistema verdaderamente multipolar y fluido, donde muchas naciones —notablemente las de Europa centro-oriental— tienen aún abiertas sus opciones. Por otro lado, en un número impresionante de casos de países grandes y pequeños, ricos y pobres, socialistas y capitalistas, la maquinaria gubernamental ha cesado su expansión secular y ha iniciado un proceso contrario bajo la dirección de tecnocracias que se han propuesto alejar a sus sociedades de las utopías políticas y sociales en favor de la eficiencia —y desigualdad— de que son capaces las fuerzas del mercado. Esas dos tendencias, la multipolaridad y el predominio de las fuerzas del mercado sobre otras en la asignación de los recursos sociales, han afectado de manera decisiva a México en su relación con el mundo externo, una relación que se concentra de manera desproporcionada

pero explicable con el país vecino del norte, Estados Unidos.

Veamos en primer lugar los efectos del cambio desde la perspectiva mexicana. Lo primero que salta a la vista es la unilateralidad del cambio. En tanto Estados Unidos mantiene frente a México una posición que, básicamente, es la misma que ha sostenido por decenios, la de México ha dado un giro de casi 180°. Como se recordará, a partir del triunfo de la facción carrancista a principios del siglo, el esfuerzo del nacionalismo revolucionario mexicano se encaminó a crear una distancia entre nuestro país y el mercado mundial donde el dominio británico estaba siendo remplazado por el de Estados Unidos.

El proyecto nacional mexicano posterior a la segunda Guerra interpretó el nacionalismo como la transformación de una economía agraria y exportadora de materias primas en una industrial pero relativamente independiente del mercado mundial y basado en un mercado interno en expansión, en una burguesía nacional y en un Estado directamente involucrado en el proceso productivo. El consenso en torno de esta interpretación

del nacionalismo mexicano se logró porque los actores políticos realmente fuertes fueron los beneficiarios directos del proceso: la alta burocracia encargada de manejar un presupuesto público y una red de empresas descentralizadas crecientes, un empresariado ineficiente pero al que se le garantizaban ganancias monopólicas, y los sindicatos de las industrias estratégicas. Los beneficios del nacionalismo se concentraron en pocos, pero los costos se distribuyeron con generosidad, pues las ineficiencias las pagaron los consumidores en general y el sector rural en particular.

Esta forma de crecimiento económico llegó a su fin al principio de los ochenta. Fue entonces cuando todo cambió. La viabilidad de la autonomía económica relativa en los términos originales desapareció. Un grupo político tecnocrático se hizo entonces cargo del cambio e impuso a México el modelo neoliberal que colocó la demanda del mercado internacional como desarrollo. A partir de 1982, el objetivo final de la política oficial fue volver a crecer pero por la vía de la integración comercial y financiera al gran mercado mundial, que para México y en términos prácticos, significa el mercado norteamericano.

En efecto, en la actualidad más de 80% de las exportaciones mexicanas de manufacturas tienen como destino el mercado norteamericano. Las maquiladoras que sirven la demanda de industrias del país vecino del norte se están expandiendo a una velocidad notable y son ahora un rasgo distintivo de la economía mexicana. Como se señala en un documento resultado de una conferencia internacional patrocinada por el Center for Growth Studies el año pasado: "Cada vez más, las empresas norteamericanas estructuran sus operaciones de manufactura entre sus ins-

talaciones internas y las que están localizadas en México, como un proceso integral de producción". Sesenta y cinco por ciento de la inversión externa directa en México es norteamericana. Y a diferencia del pasado, esta inversión puede llegar ahora en sus propios términos, pues prácticamente ya ha desaparecido la legislación que no hace mucho buscaba forzar al capital externo a ser únicamente el socio minoritario del nacional. Ahora lo importante no es poner condiciones a los inversionistas externos, sino alentarlos por cualquier medio a venir con nosotros en vez de dirigirse a la lejána Europa centrooriental.

\*

Volvamos ahora la vista a Estados Unidos. La posición relativa de ese país en el contexto internacional ha sufrido y sigue sufriendo modificaciones, y tales cambios pueden influir en la manera como Washington vea su relación con nosotros. La transformación básica de la posición relativa internacional de Estados Unidos es resultado de la desaparición de su rivalidad global con la Unión Soviética, pero no exclusivamente. También lo es del bajo aumento relativo en la productividad y las tasas de aborro del enorme aparato económico norteamericano. Además, los grandes déficits fiscal y externo norteamericanos actúan en contra de su interés económico de largo plazo. Por otro lado, las maquinarias productivas de Japón y Alemania —grandes potencias económicas pero sin la carga de grandes responsabilidades militares— van adelante de Estados Unidos en productividad, y han afianzado ya sus respectivos dominios sobre los mercados de Asia y Europa, al punto de haber desplazado a los norteamericanos como la fuerza económica dominante en las dos regiones. En realidad, Japón, y en menor medida Taiwán y Corea, por un lado, y Alemania y el resto de Europa por el otro, pueden competir con ventaja con los productores de Estados Unidos en ciertas áreas del propio mercado norteamericano.

La creación de bloques económicos internacionales, el fin de la guerra fría, y el deseo de los miembros europeos de la OTAN de que Estados Unidos disminuya su presencia e importancia en Europa, llevó a la discutida ex embajadora norteamericana en la ONU, Jean J. Kirkpatrick, a afirmar que Estados Uni-

dos va a tener que aprender "a ser ya no una superpotencia sino una potencia". La embajadora aconseja iniciar de inmediato un proceso de preparación psicológica y económica que le facilite a Estados Unidos asumir el papel de "nación normal". Una posible consecuencia de ello es que los Estados Unidos pueden llegar a considerar seriamente y de cara al futuro, la conveniencia de afianzar su posición en aquella zona

donde su hegemonía tiene una historia muy larga y la competencia de los otros polos de poder económico es aún relativamente débil: el Hemisferio Occidental en particular su zona norte.

El primer paso ya se dio con la firma del tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Canadá en enero del año pasado. En su vista reciente a México, el primer ministro canadiense opinó que sería adecuado para México considerar la posibilidad de unirnos de manera más estrecha y formal a sus dos vecinos del norte, lo que significaría asumir al Mercado de la América del Norte como la sustitución del proyecto nacionalista postrevolucionario que está muriendo o que, de plano, ya murió. La respuesta oficial e indirecta de México a la invitación ha sido la de insistir en la conveniencia de estrechar las ligas económicas con el resto de América Latina, pero tal respuesta nadie se la cree, pues los pasos concretos que ha dado el gobierno mexicano no van en esa dirección.

\*

La sugerencia del premier canadiense fue acompañada de una hipótesis muy tentadora. Según nuestro visitante, en un proceso de integración de economías desiguales, la ganancia relativa mayor la tiene el socio con el nivel económico más bajo. Así pues, la conclusión implícita fue ésta: si los mexicanos desean aumentar su nivel de vida, es necesario que abandonen de una vez por todas las ilusiones de lograr un desarrollo por la vía de la independencia reductiva y pasen a discutir los términos de la integración formal con sus vecinos anglosajones, en donde tendrían poco que perder —ilusiones de independencia y soberanía— y mucho que ganar: empleos, a la larga, un aumento en el nivel de vida.

La posición del premier canadiense es una de las varias posibles. Hay bases pa-

ra suponer también lo contrario: la integración de regiones con desarrollo muy desigual quizá aumente el nivel de vida de algunos grupos y clases sociales del socio pobre pero tendería a perpetuar la desigualdad interna y regional. Después de todo, si el libre movimiento de los factores de la producción realmente tendiera a igualar los niveles económicos regionales y entre las clases, en Estados Unidos —el país por excelencia del libre flujo de los factores de la producción— ya no deberían existir regiones deprimidas al lado de otras boyantes, ni deberían existir los pobres, pero ambos existen.

\*

En cualquier caso, como las políticas económicas internacionales seguidas por la administración de Miguel de la Madrid y, sobre todo, por la de Carlos Salinas, han llevado a una integración creciente y constante con Estados Unidos, es tiempo de discutir abiertamente sus implicaciones, sus posibilidades y riesgos. Es tiempo de que el gobierno y la oposición pongan sus cartas norteamericanas sobre la mesa: ¿se quiere o no se quiere la integración? ¿Hasta dónde? ¿En qué condiciones? ¿Cuál es la posición norteamericana (y canadiense) al respecto? Todas estas son preguntas con respuestas complicadas. Estoy seguro que dentro del gobierno esas y otras preguntas ya se han discutido, es tiempo de que el resto de los mexicanos las conozcamos y las debatamos.

La llamada "integración silenciosa" de México a Estados Unidos es un asunto vital para todos los mexicanos; nuestra forma de vida está en juego y debemos tomar las decisiones sabiendo, hasta donde sea posible, lo que ganaremos y perderemos al integrarnos a la economía de una gran potencia de la que antes considerábamos nuestro deber histórico y patriótico protegernos y separarnos.